

LA CAJA DE PALABRAS

Cuando la palabra desata la historia

Lucía Sesma

Alianza editorial

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© Lucía Sesma, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-790-0
Depósito legal: M. 15.878-2024
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

La letra con historia entra	13
MITOS. Houston, ¿tienen o han tenido un problema?	15
INMEDIATEZ. Abracadabra: <i>ab sofort</i>	21
AYUDA. Revistas y pizzas que salvan vidas	27
BOMBA. <i>Mokusatsu</i> o matarlas callando	35
VERDAD. Como decíamos ayer, o no	39
TEATRO. <i>Electra</i> , del escenario a la revolución	47
ORÁCULO. La consultoría de Delfos	51
CENA. Teoría de la complicidad	59
<i>From lost to the river</i>	67
ANGLICISMOS. Una <i>relaxin cap of</i> café con leche	69
POLISEMIA. Dejaos de pollas con el andaluz	75
TRAIDOR. «Asturias, patria querida» en Astérix	79
JUEGO. Al vesre	87
CÓDIGO. Los indios navajos en clave	93
DIVULGACIÓN. La ciencia habla inglés	99
IDENTIDAD. Idiolectos para idiotizados	105
MODISMOS. La lengua se comió al gato	111

En otras palabras	113
ACCIÓN. Que el lenguaje no iba en serio	115
CAMBIOS. Si me queréis, idos a cambiar la ortografía	123
PINTURA. Etiquétame, Juan de Juanes	127
FAMILIA. La madre del cordero	131
MAYÚSCULAS. Aprender a leer a lo grande	133
NOVOLINGOS. El elfo que quiso rebatir a Cortázar	137
ORACIÓN. La coma asesina	147
Excavar zanjas, escalar montañas, arar y dar a luz: escribir	149
ESTILO. El infierno donde habitan los adverbios	151
GLOSAS. El origen del español, entre márgenes, vales y quesos	157
IDEA. Un diccionario a pulso	165
CÍBORG. El mono inmortal	173
HUMANO. La inteligencia artificial de Terminator	179
ESCRITURA. Por la cuerda floja	185
LITERATURA. Entender el mundo en veintisiete letras	191
PROFESIÓN. Vivir de la lengua	195
EDUCACIÓN. Decálogo para hablantes de ayer y hoy	209
Agradecimientos	211
Bibliografía	213

A Ginés

*En medio del invierno descubrí que había,
dentro de mí, un verano invencible.*

ALBERT CAMUS

La letra con historia entra

MITOS

Houston, ¿tienen o han tenido un problema?

Eran las 21:08 cuando Swigert dijo: «Ok, Houston, we've had a problem here» («Sí, Houston, hemos tenido un problema por aquí»). Le contestaron desde la sala de control en la Tierra: «This is Houston, say it again, please» («Aquí Houston, repita, por favor»), en un acto de perplejidad y pánico que buscaba la confirmación del desastre, al mismo tiempo que verificaba el correcto funcionamiento del canal de comunicación. A esto, en ese momento el comandante Lovell reafirmó: «Houston, we've had a problem» («Houston, hemos tenido un problema»). La sentencia del piloto se hizo célebre, pero en su transformación al presente: «Houston, tenemos un problema». En la actualidad utilizamos este modismo para avisar de algún imprevisto nefasto. Se convirtió en una frase emblemática una vez que sufrió este cambio de forma verbal: de «hemos tenido» a «tenemos».

En 1957 los soviéticos habían logrado enviar al espacio el primer satélite artificial, el Sputnik 1; y en otra misión ese mismo año, a un ser vivo, la perra Laika, que no regresó con vida. Cuatro años después Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre en órbita, y seis años más tarde Valentina Tereshkova sería la primera mujer en hacerlo; pasados ocho años, Alekséi Leónov disfrutaba de los primeros doce minutos de caminata por el espacio en la misión Vosjod 2, y nueve años después la sonda espacial Venera 3, cuyo objetivo era aterrizar en Venus, lo consiguió al impactar contra su superficie. De modo que el programa iniciado por John F. Kennedy a comienzos de los años sesenta se reactivó con firmeza con la misión de la Apollo 13: Estados Unidos necesitaba reforzar el mito del sueño americano frente al comunismo soviético, que los superaba por entonces en varias hazañas aeroespaciales, y qué mejor forma de hacerlo que recurriendo a la épica. Lyndon Johnson no pudo jactarse de ello ni salir en la foto, pues en enero de 1970 dio paso a Richard Nixon en la presidencia del gobierno. Por tercera vez en la historia del país se intentaba alunizar, y la NASA sabía que narrarlo y difundirlo a través de los diversos medios de comunicación era clave. La agencia grabó todas las comunicaciones —gracias a lo cual sabemos a ciencia cierta qué se dijo— y contó siempre con un equipo de última generación para la óptica de sus aeronaves, sus cámaras de fotos y sus grabadoras de vídeo. La tecnología era tan puntera que a veces ni salía al mercado, así que el perfeccionista director de cine Stanley Kubrick solicitó la lente Carl Zeiss, diseñada para el programa Apollo, a la mismísima NASA con la finalidad de rodar la película *Barry Lyndon* con luz natural y velas. Puede que de ahí venga la leyenda de que la NASA encargó a Kubrick unas grabaciones de la confirmación del alunizaje para que así, en caso de que la misión fracasase o las imágenes no se hubieran grabado, al menos dispusiesen de material audiovisual con que atacar en la Guerra Fría. En la Apollo 13 llegaron

a realizar una conexión televisada de cuarenta y seis minutos, aunque finalmente no la emitieron. En ella se veían algunas escenas cotidianas de la vida en el módulo y se ofrecían explicaciones de su funcionamiento de una manera sencilla. Un publirreportaje que se cerraba así: «Aquí la tripulación de la Apolo 13 les desea a todos una noche agradable; estamos a punto de concluir nuestra revisión del Aquarius y volver para pasar una apacible noche en el Odyssey. Buenas noches». Nueve minutos después el tanque de oxígeno número 2 estalló y causó el fallo del tanque número 1. Tal como se narra en la página oficial de la NASA, se perdieron el abastecimiento normal del módulo de comandos, la luz y el agua.

Pero ¿cómo hemos llegado hasta aquí? El 11 de abril de 1970 a las 13:13 horas la NASA lanzaba al espacio la nave de la misión Apolo 13 desde el Centro Espacial Kennedy en Cabo Cañaveral. Los supersticiosos del número 13 verían que los augurios no eran muy favorables, porque al nombre de la misión y la hora de lanzamiento se le sumó el día del estallido del tanque de oxígeno: 13 de abril. Era la séptima misión tripulada de la agencia espacial estadounidense y la tercera que pretendía aterrizar en la Luna. James Lovell, Fred Haise y John «Jack» Swigert se aventuraron en un nuevo intento de conducir la astronave compuesta por dos módulos: Aquarius, el módulo lunar, y Odyssey, el módulo de mando y servicio. Haise estuvo a cargo del primero, y Swigert, del segundo, este último de forma algo improvisada pues el astronauta nombrado en un principio, Thomas Mattingly, fue sustituido días antes del lanzamiento porque, pese a que no se había contagiado de sarampión, sí había estado expuesto a la enfermedad. Se libró del mal rato de esta misión y, además, en 1972 fue reasignado para el mismo puesto en el Apolo 16, que esta vez sí resultó un éxito sin fisuras.

La carrera espacial en la que estaban inmersos Estados Unidos y la Unión Soviética desde el fin de la Segunda Guerra

Mundial provocó una obsesión desmesurada por saber quién lograría por primera vez cualquier hito posible más allá de la atmósfera terrestre. Cuando la Apolo 13 despegó, el único triunfo rotundo de los estadounidenses había sido la llegada a la Luna del Apolo 11 en julio de 1969, con Neil Armstrong, Michael Collins y Buzz Aldrin a los mandos. Aquella noche de verano en España fue Jesús Hermida quien retransmitió desde Houston y en directo para Televisión Española el acontecimiento: «Observen ustedes el pie, observen ustedes el pie; ahí está, ahí está. A las ciento una horas, veintidós minutos, cuarenta y ocho segundos de vuelo, el pie, lentamente, muy lentamente, el pie de un astronauta se ha visto, se está viendo, se está viendo cómo tantea, como un niño recién nacido levanta sus brazos para tocar a la madre como algo que aún no sabe dónde poner, dónde agarrarse, en qué sustentarse. [...] Por primera vez en la Luna, observen. [...] Armstrong está ante sí, ante nosotros, ante la historia, solo, solo. Armstrong se pierde; no en la noche de los tiempos, ni mucho menos, sino en la gran luz de estos tiempos que comienzan ahora». El primer astronauta que pisaba la superficie lunar dejó para la posteridad en la historia occidental una frase legendaria: «Es un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad». Esta sentencia se convirtió en un lema, en un símbolo más rotundo que la bandera que dejaron clavada en la superficie lunar. Enmarcar la conquista con una frase tan poderosa al mismo tiempo que se veían en la Tierra las imágenes del hito fue una victoria triple: llegar a la Luna, mostrarlo y sellarlo con unas palabras legendarias. Las metáforas del relato por televisión —«la luz de estos tiempos que comienzan ahora» y la del recién nacido buscando los brazos de la madre— son parte de la construcción del mito, parte de la épica. Años más tarde el periodista reconoció la falta de reflexión y la improvisación que requirió aquella narración en directo. Sin embargo, quizás de forma inconsciente, desveló

muy bien dos metáforas potentísimas que calan en nuestro fondo emocional. Por un lado, marca el comienzo de una nueva era para la humanidad, esperanzadora, radiante; atrás queda un pasado caduco: «la noche de los tiempos». El futuro se concreta en los avances tecnológicos, en el conocimiento de lo que está más allá de nuestro planeta y en el dominio de los seres humanos sobre la inmensidad del universo, inalcanzable hasta ese momento. Y, por otro lado, genera la emotividad del renacer con la ternura del bebé buscando aún el amparo de la madre. No basta hacerlo: es necesario contarlo para fijarlo en el imaginario cultural de la sociedad.

En este escenario caótico se enunció la famosa frase «Houston, we've had a problem». Los documentos sonoros atestiguan que no fue en presente y, aun así, se popularizó una frase más sencilla, más impactante, más directa. El piloto puso en práctica su gramática correctamente: tanto en inglés como en español el uso del pretérito perfecto va unido a una acción terminada. En algunas áreas hispanohablantes, por ejemplo en el norte de la península ibérica y zonas diversas de Hispanoamérica, el uso del pretérito perfecto simple asume también las funciones asociadas al pretérito perfecto y no hay apenas presencia de este. Oiremos allí con más frecuencia «comimos hoy» que «hemos comido hoy». Como la tripulación de la Apolo 13 no nació en la ría de Arousa, nos da por pensar que comunicaron justo aquello que querían decir. No hay fuentes claras que atestigüen el cambio de «hemos tenido un problema» a «tenemos un problema» en las narraciones de medios de comunicación o en los libros de historia. Y aquí se da un fenómeno fantástico de la construcción de la historia universal como si fuese una ficción. La forma heroica en que al final consiguieron regresar a la Tierra los astronautas contribuyó a convertirla en una epopeya posmoderna. Requería un toque mínimo, pero fundamental para expresarlo, y eso lo permite el presente de indicativo llamado «histórico», aquel

empleado para destacar gestas y dotarlas de relevancia actual. Lo más fascinante en estos procesos es que los ajustes los hacemos los propios hablantes de manera intuitiva; somos nosotros quienes creamos el lenguaje. Hay una necesidad de expresar algo que se ajuste mejor a nuestro modo de percibir la realidad que se ve satisfecha de forma eficaz sin requerir grandes esfuerzos.

La NASA tiene un gran talento en la conquista del espacio, y también en crear leyendas. La denominación de la misión de 1970 no es casual: Apolo, uno de los dioses más importantes de la mitología clásica. El lugar asignado para el alunizaje: Fra Mauro, el nombre de un monje italiano que ya a mediados del siglo xv dibujó un mapamundi con bastante precisión. Y la insignia donde vemos tres caballos dorados que parecen relinchar en su carrera aérea entre la Luna y el Sol bajo el lema *Ex luna, scientia* («de la Luna, conocimiento»), que Lovell asignó a la misión a partir del lema de la Academia Naval de Estados Unidos, donde se formó: *Ex scientia, tridens* («del conocimiento, el poder del mar»).

La gran máquina de generar mitos en la era contemporánea es el cine. En Hollywood conocen bien este poder, y el director Ron Howard llevó a las pantallas la misión Apolo 13 en 1995. El guion está firmado por Jeffrey Kluger, William Broyles Jr. y el propio comandante de aquella nave, James Lovell, interpretado por el actor Tom Hanks. El film no miente: «Basado en hechos reales». La épica hazaña tan solo necesitaba una reafirmación en la cultura popular, no tanto a través de los hechos reales como mediante la emoción. Misión conseguida. El único peligro de la ficción de los hechos históricos es que muchos se quedan en la fábula, que asumen como verídica. Como los sueños, no son reales, y sin embargo nuestra mente se conforma con una leve sensación de verdad.

INMEDIATEZ

Abracadabra: *ab sofort*

La sala de prensa del politburó de la RDA en Berlín esa tarde del 9 de noviembre de 1989 estaba tan abarrotada de periodistas extranjeros que incluso tuvieron que sentarse en el escalón de la tarima. Ahí estaba Riccardo Ehrman, el corresponsal de la agencia italiana de prensa ANSA. Sobre el estrado, Günter Schabowski, miembro del comité del Gobierno, informaba a los medios internacionales acerca de un plan de apertura de fronteras para los ciudadanos de la Alemania del Este. Se cortaba el aire. El italiano intervino a bocajarrro: «¿Cuándo entrará en vigor? ¿De inmediato?». A lo que Schabowski, confuso, rebuscó entre los papeles sin mucha convicción y contestó: *Ab sofort* («De inmediato»). Aquellas dos palabras derribaron el Muro de Berlín.

Durante toda la rueda de prensa los periodistas escucharon expectantes cómo el político leía los documentos mientras

miraba a un lado y otro en busca de la reafirmación de sus camaradas, poniéndose y quitándose las gafas de cerca sin demasiada seguridad. ¿Estaba diciendo lo que parecía decir? ¿La República Democrática Alemana iba a permitir la libre circulación de personas? La lectura entre líneas que hicieron los presentes, atónitos, la supo realzar Ehrman con habilidad. La primera pregunta —«¿Cuándo entrará en vigor?»—, por un lado, implicaba la afirmación de que iba a decretarse una nueva directiva sobre movilidad y, por otro, demandaba la información sobre los plazos de vigencia. «Entrará en vigor» es la parte asertiva, y el «cuándo», la interrogativa. La segunda pregunta —«¿De inmediato?»— presentaba la entonación propia de los enunciados interrogativos; sin embargo, el contexto la dotó de fuertes connotaciones afirmativas. ¿Una pregunta puede interpretarse como una afirmación? Esto fue la clave que desató la contestación de Schabowski. Dubitativo, revolvió los documentos para dar una contestación urgente: las ruedas de prensa permiten pocos silencios. Examinaba las hojas del borrador que no había leído y buscaba en su mente los términos. Al no encontrar la fecha por ningún lado, recurrió a las mismas dos palabras con las que preguntó el profesional de la ANSA: «De inmediato». Sin ese gancho, quizá la respuesta improvisada habría sido un pleonismo, una verborrea nerviosa, una de esas parábolas con las que los políticos no comunican casi nada hablando mucho. Sin embargo, el mundo oyó en aquel auditorio las palabras adecuadas que marcarían o, al menos, precipitarían el fin de una era. Un solo instante y atrás quedarían los saludos entre familiares a través de un alambre espinado, las huidas clandestinas, las muertes de quienes no lo consiguieron. Llegaron entonces los martillazos contra el muro, las carreras al Checkpoint Charlie, la euforia de libertad.

Un par de golpes de voz fueron suficientes para desencadenar una vorágine. Las teorías basadas en un modelo de

comunicación en el que una codificación requiere una simple descodificación no bastan para explicar qué sucedió esa noche en Berlín. Se necesita una perspectiva adecuada que vaya más allá del mensaje literal, más allá de unir una letra a otra, más allá de manchar el papel. La lingüista Deirdre Wilson y el antropólogo Dan Sperber expusieron en su principio de relevancia que en una conversación el interlocutor espera que el hablante transmita un mensaje relevante y que además, mediante el menor esfuerzo, contribuya a ampliar su conocimiento. No existe una relevancia total, sino mayor o menor según las circunstancias. Basan sus premisas en la ostensión y las inferencias, esto es, lo estrictamente manifestado y la información que los interlocutores deducen gracias al conocimiento del mundo que ambos comparten.

El mundo antes de las 19:04 del 9 de noviembre de 1989 era muy diferente del que vio salir a Riccardo Ehrman corriendo para mandar un teletipo a la central de la agencia alemana en Roma: «Cayó el Muro. Los ciudadanos de la RDA pueden emigrar por todos los pasos fronterizos de forma directa y desde este momento». Sus colegas lo tildaron de loco, no daban crédito; retuvieron durante unos minutos el titular y, al final, lo publicaron. A las ocho de la tarde, la ARD —el consorcio de instituciones públicas de radiodifusión de la República Federal de Alemania— transmitió: «La RDA abre sus fronteras». Antes de medianoche, sobre las 23:40 horas, veinte mil personas se agolpaban en torno a las calles con puestos de vigilancia como Friedrichstraße o Bornholmer. Vieron cómo se abrían todos los pasos fronterizos de Berlín, sin ningún tipo de control de pasaportes. *Ab sofort* fue una suerte de «abracadabra»: declarar la apertura de las fronteras fue la apertura en sí misma.

Apenas nueve meses antes, en enero de 1989, el presidente de la República Democrática Alemana, Erich Honecker, responsable del proyecto y la realización del Muro, pronostica-

ba que su obra seguiría ahí dentro de cincuenta o cien años, nada que ver con los veintiocho años que permaneció erigido al final, desde la madrugada del 13 de agosto de 1961, cuando apareció de la noche a la mañana el trazado de alambre de espino sobre el que se acabaría construyendo. Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética acordaron dividir en cuatro a la derrotada Alemania. Berlín quedaba en el interior de la administración soviética y los Aliados se repartieron la capital. El bloque creado por los países capitalistas formó la República Federal de Alemania, al oeste de la ciudad. Y en la parte oriental se configuraba la República Democrática Alemana, a modo de Estado satelital de la Unión Soviética, como Polonia, Hungría, Armenia o Checoslovaquia. Winston Churchill llamaría a esta división política el «telón de acero». La RFA quedaba aislada dentro del territorio soviético. Estados Unidos y Gran Bretaña empezaron a aprovechar esta posición estratégica en sus misiones de espionaje, al mismo tiempo que, entre 1941 y 1961, cerca de dos millones de alemanes se trasladaron al oeste en busca de otras oportunidades. La situación se agravó con los llamados «trabajadores fronterizos», quienes trabajaban en el oeste pero vivían al otro lado. Las autoridades de la RDA decidieron construir un muro en torno a la Alemania occidental de ciento cincuenta y cinco kilómetros. La parte que separaba la ciudad medía cuarenta y dos kilómetros de largo, con tapias de hormigón de hasta tres metros y medio de alto y un perfil fronterizo salpicado de miradores, búnkeres, torres de observación, vallas electrificadas, vigas de obstáculos antitanques, fosas antivehículos, zonas de vigilancia canina y una franja patrullada por policías armados y bautizada como la «franja de la muerte».

El destino de la RDA siguió un camino paralelo a la política y la economía de la Unión Soviética, que a finales de la década de 1980 vio cómo su proyecto se vino abajo. De modo

que el jefe del Estado, Mijaíl Gorbachov, apostó por una serie de medidas aperturistas, la llamada «glásnost». El término ya existía y en ruso significa «apertura», «transparencia»; pero el líder soviético supo elevarlo a consigna, presentarlo en el panorama político occidental y fijarlo de modo que fuese directo, claro y efectivo. Un perfecto ejemplo de relevancia máxima en un acto comunicativo: el interlocutor adquiere una información nueva en su conocimiento del mundo mediante un esfuerzo mínimo. En las celebraciones del 7 de octubre por el 40 aniversario de la fundación de la RDA, Gorbachov se dirigió a los altos mandos del SED: «La vida castiga a quien llega demasiado tarde». Pronto empezaron las manifestaciones pacíficas, encabezadas con la máxima «Wir sind das Volk!» («¡Nosotros somos el pueblo!»). Decenas de lemas inundaron los carteles caseros de los alemanes que se echaron a la calle a pedir un nuevo rumbo para su país. La palabra adquirió más fuerza que las armas. El 4 de noviembre en Alexanderplatz las autoridades dieron permiso a una marcha multitudinaria. Al finalizar, actores, opositores y disidentes leyeron varios manifiestos. Pero ¿quiénes subieron también? Markus Wolf, el que fuera jefe de la Stasi durante más de treinta años, y Günter Schabowski. Fueron abucheados.

Cinco días más tarde, Schabowski balbuceaba aquel *ab sofort* frente a los medios internacionales, que también fueron convocados el día anterior para otra rueda de prensa tras una reunión del comité central. A cuatro altos mandos, entre los que se encontraba Gerhard Lauter, funcionario del ministerio del Interior, se les encargó el borrador del nuevo plan. Sus superiores recibieron aquel documento, pero no llegaron a dar el visto bueno. Sin haber estado en la reunión de la mañana ni habérselo leído, Schabowski saltó a la palestra y lanzó un conjuro. Sin el gancho del periodista, el funcionario habría dado una respuesta vacua. Un acto de un relevancia comunicativa muy pobre: muchas palabras que